

lleven á mal se pruebe delante de ellos la verdad de su religión. Lo **segundo**, del efecto que ha debido producir en todos la argumentación de la primera parte, que arraiga la fe, enamora de Jesucristo y confunde á los flacos y soberbios. Lo **tercero**, de la viveza y eficacia de las razones que trae para persuadirles que **no creen de verdad en Jesucristo**, ya porque viven como si no creyeran, ya porque se avergüenzan de ser y parecer cristianos, ya por la persecución y guerra que hacen contra la fe de Cristo, no con hierro, sino con burlas y donaires; ya, en suma, porque se jactan de quebrantar sus mandamientos y se glorían en sus desórdenes. Todo ¿para qué? Para persuadir la **fe práctica**, así como antes les persuadió la **fe teórica**, y poder concluir tan naturalmente: «Ea, pues, cristianos, por la gloria de tan ilustre nombre, por la fe que profesáis, por la reverencia que debéis á la doctrina de Jesucristo, haced esta mañana la siguiente protestación y firme propósito... Plegue á Dios que nuestros conferencistas imiten este ejemplo, y crean que las raíces de esta elocuencia varonil y fructuosa están en un corazón menospreciador de la honra mundana y solamente celador de la divina; pues es cierto que los esclavos de su propia honra, los deseosos de agradar á los hombres y temerosos de desagradarlos, no sirven para la elocuencia sagrada, porque ó adulteran la verdad, ó le quitan su fuerza y sabor, según que está escrito: «Dios quebrantará los huesos de los que tratan de dar gusto á los hombres»¹.

¹ Psal. LII. Vide La Palma. Camino espiritual. Lib. II, cap. 23.



DISCURSO VEINTIUNO

DE LAS INSPIRACIONES

Jesus ergo, fatigatus ex itinere, sedebat sicut supra fontem. Erat hora quasi sexta. Venit mulier de Samaria haurire aquam.

Jesús, pues, fatigado del camino, estaba así sentado sobre la fuente. Sería como la hora de sexta, cuando vino una mujer Samaritana á sacar agua...

(JOAN., IV, 6-7.)

EXORDIO

Por insinuación y moción de afectos.

DOS afectos encontrados ha producido en mi corazón la historia, de todos tan sabida, que el sagrado Evangelio nos refiere acerca de la mujer Samaritana: el primero de animosa confianza, y el otro de temor y sobresalto. Porque, al considerar atentamente cuán poco trabajo costó salvarse á mujer tan ruin y pecadora, me sobreviene un pensamiento de osadía que me dice: Si es así, poco basta para salvarse. Pero ¡ay desventurado de mí!, que de repente me asalta otro muy contrario, que con voz espantada me responde: Si es así, poco basta para condenarse.

de confianza,

de profundo temor, por corrección vehemente.

No cabe duda, hermanos míos, que la santidad de esta desgarrada pecadora no tuvo más origen que encontrarse cierto día junto al pozo de Jacob con el Salvador del mundo, el cual, sediento y fatigado del camino, la hizo algunas preguntas, y ella, refrenando su inquietud y apresuramiento, púsose á trabar con el Redentor pláticas de cielo y salvación eterna. Imaginaos, pues, que visto el Señor y negándose á dar oídos al divino Maestro, le hubiera dicho

Narración evangélica de la Samaritana.

1.ª parte, real.

2.ª parte, ficción oral.

secamente: «Déjame sacar agua, que me abraza la sed; ya serán las tres de la tarde, y me aguardan en casa otros quehaceres». ¿No es de presumir que jamás en su vida hubiera encontrado coyuntura tan favorable para entrar dentro de sí misma, y enderezar hacia el cielo sus torcidos pasos?

3.ª parte, aplicación

por enumeración de inspiraciones.

De esta sencilla consideración se levanta mi atemorizado espíritu, y me pregunto y os pregunto: ¿quién hace cuenta de una inspiración que nos mueve al ejercicio de una virtud, de un impulso secreto que nos convida á mortificarnos, de un movimiento del divino Espíritu que nos toca ligeramente el corazón? Y, no obstante, ello es así, que aquella obra de virtud, aquel acto de mortificación en cosas al parecer de nonada, era principio y fundamento de nuestra perfección y bienaventurada eternidad; y á la manera que, quitado el principio, no puede lograrse el fin, ni sin fundamento levantarse la fábrica del edificio, de este modo, despreciadas las cosas menudas y pequeñas, se pierde el cielo y se malogra el alma.

Arrárganse los afectos de terror, por vía de prolepsis.

por autoridad.

por conmemoración

Proposición sencilla.

Pero ya oigo que me decís. ¡Es posible! ¿de una cosilla de nada ha de pender la eterna salvación? Espantarnos queréis, que no enseñarnos. — Conque ¿quiero espantaros? ¿con que vengo á llenar de congojas vuestro espíritu? ¡Ah, cristianos!, sí, lo confieso; quiero hoy atemorizaros, vengo á espantaros, porque yo mismo tiemblo y me estremezco: *Territus terreo*, diréis sobrecoigido de terror con el glorioso San Agustín ¹. Atemorizado yo mismo, os quiero atemorizar y espantar; mas de ninguna manera con falsas ponderaciones ni vacíos encarecimientos, sino con el peso de la verdad sencilla, pero terrible y abrumadora. Y así protesto desde luego que sólo diré lo que, sentido por mí alma, me hace temblar de pies á cabeza, y lo que, hincado profundamente en mi corazón, me ayuda, si no á ser bueno, á ser menos malo y descuidado. ¿Y qué pensamiento es éste? El que al principio dije y que tan extraño os pareció, es á saber, que **de cosas pequeñas, de una nadería insignificante, por ventura pende la salvación del alma.** Ésta es la

¹ Hom. 2, inter 50.

proposición que me hace temblar, ésta la que propongo demostraros con el favor divino, á fin de que veáis manifiestamente la solidez y verdad de aquella tan trillada máxima, que «es menester coger la ocasión por los cabellos», y la vida eterna por las cosas menudas y pequeñas.

fin y blanco de este discurso.

PRIMERA PARTE

II

Arg. 3.ª
4.ª causa, por sí mismo oratorio.

En primer lugar, no creo que os cause maravilla el saber que de cosas pequeñas pueden originarse grandes y espantosos efectos. Doctrina es corriente, y los naturalistas en sus observaciones, y los políticos en sus acuerdos, y los teólogos en sus máximas, nos la predicán sin cesar. Recorred conmigo la redondez del universo. ¿No es el grano de mostaza el que en la tierra de Palestina cobra tal fuerza, que se levanta, no ya sobre los amarillentos trigos, sino á la altura de corpulentos árboles? Aquellos bosques frondosísimos, cuyos robustos troncos sirven para la fábrica de tantos navíos, para armamento de gruesos ejércitos, para la construcción de tantas máquinas y soberbios edificios, de leña al fuego y de guarida á tantas alimañas, ¿sabéis toda esa magnificencia qué origen y fundamento tiene? Unas pepitas menudísimas que hollaréis inadvertidamente con los pies, simientes muy pequeñas que se lleva el viento y sirven de juguete á los alegres pajarillos. ¿No acaece con frecuencia obscurecerse el cielo, y rasgarse las nubes, y estallar el trueno y desprenderse el rayo, que en un punto hiere los montes, abraza las selvas, derrueca en el suelo las torres empinadas, y estremece y pasma los corazones de la miserable gente? Pues tanta tempestad tuvo principio en un ligero vapor y nubecilla muy liviana. Y esos ríos caudalosos que cruzan la haz de la tierra con tanto señorío y majestad que, según van de hinchados é impetuosos, parecen querer marcar los lindes de los reinos y provincias, é igualarse con los mares, y llevan en su superficie navíos poderosos y en

Propos. mayor. En el orden histórico y moral suelen de causas pequeñas producirse grandes efectos. 2) En el orden físico, por inducción

de las plantas

(antiteñis)

de las tempestades.

(antiteñis)

de los ríos

(descripción y prosopopeya).

su seno peces de enorme grandeza; y que, si por ventura rompen las márgenes arrebatadamente, anegan los campos, asuelan los sembrados, estragan las semillas, arrastran los ganados, derriban las chozas y majadas, y ni las ciudades están seguras de su braveza incontrastable; estos ríos, digo, si revolviendo sus embravecidas olas pudiesen contemplar su origen, corriéranse de ver que vadean su corriente los niños y sencillas laboradoras, y lo pasa de un salto el fatigado caminante. ¡Tan ordinario es en la naturaleza que de pequeños principios se deriven efectos prodigiosos! Así vemos de una centella propagarse un incendio, de un soplo subterráneo un terremoto, y pestilencias y mortandades horribles de un aliento corrompido.

Conclusión por epifonema y congerias.

f) En el orden moral y político, por inducción histórica.

(antitesia y subjección)

Abigail, Rebeca,

Amán.

7) En el orden científico,

Mas, dejados aparte los efectos naturales, ¿quién ignora que, aun en los acontecimientos que dependen de la voluntad del hombre, no es raro ver cómo, por ligerísima ocasión, cayeron unos de la alta cumbre de su pujanza á estado miserable y abatido, y subieron otros del polvo de la tierra á honra y dignidad altísima? Abigail, de oscuro nacimiento, llegó á ser esposa del rey David y á ceñir un día su cabeza con real diadema. Y ¿de dónde nació tan extraño encumbramiento? De una atención que guardó la buena de Abigail con los criados del Rey, ofreciéndoles cierto regalo, en sazón que estaban quebrantados del camino¹. Rebeca, de doncella desconocida, vino á ser esposa de Isaac, y entroncar y pertenecer á los gloriosos ascendientes del Mesías. Y ¿por dónde tanta ventura? De la delicadeza y galantería con que dió de beber al mensajero de Isaac y á sus camellos². ¿Por dónde Amán, aquel gran privado del rey Asuero, llegó á tan desastrado acabamiento, que pérdida la hacienda, perdidos los hijos, perdió por fin la miserable vida en una horca como público malhechor? Pues la causa y comienzo de su caída fué que se enojó porque un cierto Mardoqueo, hombre plebeyo y nada rico, no le saludaba con la cortesía conveniente á su grandeza: *Non flecteret sibi genu*³.

¿Qué diré de los sucesos de la guerra? ¿Qué de las per-

¹ 1 Reg., xxv.—² Gen., xxiv.—³ Esth., iii, 5.

didas y ganancias de caudales inmensos en el comercio y Contratación? ¿Qué de los caminos por donde se levantaron muchos hombres y conquistaron ilustre nombradía en la república de las ciencias y de las artes? ¿No fué un lance inesperado el primer escalón por donde subió Protágoras al templo de la filosofía griega? Escuchadme y maravillaos.

Un encuentro venturoso.

Protágoras y Demócrito:

Era Protágoras¹ hijo de un pobre labrador, y, como cierto día viniese del monte cargado de un haz de leña sobre sus espaldas, acertó á encontrarse en una vereda con Demócrito, célebre filósofo ateniense, el cual, reparando en aquel haz tan bien dispuesto y apretado, preguntóle si había el compuesto el haz de leña que traía á las espaldas. Y respondiendo el muchacho que sí.—Veamos, pues, replicó el filósofo, cómo lo desatas y vuelves á componer en la misma forma.—Obedeció Protágoras, desligó el manajo, desconcertó los leños, volviélos á recoger y concertar con igual destreza y prontitud, y echóselo á los hombros con singular donaire y gentileza. De lo cual, coligiendo Demócrito y descubriendo en el muchacho ingenio vivo y acomodado á la filosofía, atrájolo á su escuela, aplicóle á los estudios, le enseñó, le educó y, en conclusión, alzóse el discípulo á la altura y renombre del maestro. Imaginad ahora que Protágoras, ó no hubiese compuesto el haz tan primorosamente, ó que no diera con aquel sabio en el camino, ¡cuán probable y casi cierto es que hubiera pasado toda su vida entre los terrones del campo y no en los escaños de las academias, manejando la esteva y pastoreando viles animales, no escribiendo libros y revelando á la atónita muchedumbre los arcanos de la filosofía! Pero de ejemplos semejantes están llenas las historias de las artes y de las ciencias; mas quíerolas pasar por alto para llegarme ya á las obras de la gracia que hacen principalmente á mi propósito.

descripción y dialógica.

Amplificación por conjeturas y contrastes.

Transición por preteritios.

Arg. 2.º

Propos. menor.

Mas en el orden

de la gracia obra

Dios conforme al

orden de la natu-

raleza.

III

Para cabal entendimiento del asunto, hay que asentar como principio, que obra Dios en el orden de la gracia se-

¹ Aul. Gel.

mejantemente á lo que pasa en el orden de la naturaleza; porque, si así no fuera, no podríamos de lo visible de acá bajo levantarnos á la inteligencia de lo soberano y recóndito de Dios, según aconseja que lo hagamos el Apóstol de las gentes, escribiendo á los Romanos: *Invisibilia Dei, per ea quae facta sunt, intellecta conspiciuntur* ¹; Por la consideración de las criaturas se alcanza lo invisible del Criador.

por autoridad congruente.

Confirmación, por tres proposiciones:

2) que el fin es uno, la bienaventuranza;

3) que los medios ó caminos son infinitos;

4) que el tomar, por éste ó por aquél, depende de cosas pequeñas.

Precaución teológica.

Es, pues, de saber se Dios, hermanos míos, quiere con voluntad sincera y verdadera, y no permisiva y veleidosa, ó sea en términos de escuela, no sólo con voluntad de signo, mas también de benelácito y antecedente, quiere, digo, que todos los hombres se salven y consigan el glorioso fin de la eterna bienaventuranza, y en consecuencia quiere y es su voluntad que nadie se condene. *Deus omnes homines vult salvos fieri*: quiere Dios, afirma San Pablo á Timoteo, que se salven todos los hombres ². Mas, con ser uno mismo el fin señalado por Dios á todos los mortales, no son los mismos los caminos trazados en su sabia providencia para llegar á él. Ve su divina Majestad en la vida de cada individuo, como enseñan los sagrados doctores, innumerables órdenes de acontecimientos, series sin cuento, cadenas infinitas de sucesos trabados entre sí y apretadamente eslabonados, los cuales forman otros tantos caminos que nos llevan unos derechamente á la bienaventuranza de la gloria, y derechamente otros á la eterna perdición. *Viam vitae et viam mortis* ³. Ve los caminos de la vida y ve los caminos de la muerte.

Pues afirmo que el tomar un hombre los caminos de la vida, ó echar por los despeñaderos de la muerte, está colgado muchas veces de cosas muy menudas y pequeñas. El asistir ó no á un sermón, el leer ó dejar de leer cierto libro, el hablar ó no con una persona, una visita, una conversación, una palabra, puede encaminarnos á la bienaventurada eternidad ó á la ruina perdurable. Dije, no sin razón, **encaminarnos**, por cuanto no intento asegurar que de ello inmediatamente depende la salvación, sino remota y lejanamente; al modo que decíamos arriba, que de cosillas de nada

¹ Rom., I, 20.—² 1 Tim., II, 4.—³ Jer., XXI, 8.

viene uno á notable honra ó abatimiento, á grandes pérdidas ó á ganancias inestimables. De forma que, según expresión de un amigo de Job, si tus comienzos fueron pequeños, tus postrimerías se multipliquen copiosamente: *In tantum ut, si priora tua fuerint parva, novissima tua multiplicentur nimis* ¹. No os congojéis ni de pena si por ventura no alcanzáis esta doctrina, que yo la declararé y pondré á vuestros ojos con ejemplos tales, que el más alejado de los libros la comprenda sin dificultad.

Captase la atención.

Para mayor inteligencia, valgámonos de aquel raro suceso que refiere el bienaventurado San Agustín en sus *Confesiones*. Cuenta el Santo ² que, estando el emperador Teodosio en la ciudad de Tréveris ocupado en ver ciertos juegos públicos del circo, dos cortesanos suyos se desviaron de los espectáculos y se salieron á pasar por la campiña.

Argumenta por ej. en p. lo de dos cortesanos.

Narración compuesta; i.ª parte.

De camino en camino y de plática en plática se encontraron, sin saber cómo, en medio de un bosque, en cuya espesura vivían en mal compuesta cabaña unos penitentes ermitaños. Entraron por curiosidad en aquella como celda, y mientras, como suele acaecer, estaban mirando y admirando la estrechura de la habitación y la pobreza de las alhajas, vieron allí sobre una mesa un libro, al parecer, bastante manoseado. Tómallo uno de ellos, ábrelo y repara que contiene la vida y hechos del gran San Antonio. Comienza á leer en él, al principio por curiosidad y pasatiempo, después por afición y gusto, y poco á poco vásele encendiendo el corazón en deseos de imitar lo que leía. Cuando súbitamente inflamado su pecho en amor santo, y enojado consigo mismo, ¡miserables de nosotros, dice al compañero, qué vida la nuestra tan diferente! Dime, ruégote, con todos nuestros

Exposición sencilla, ó el apartamiento.

Nada, ó los combates del alma.

trabajos, en que andamos tantos años ha, peleando en tantas guerras, con todas nuestras fatigas y servicios, ¿qué buscamos? ¿qué pretendemos alcanzar? *Dic, quae te, omnibus istis laboribus nostris, quo ambimus pervenire? quid quaerimus?* ¿Por ventura podemos venir á mejor fortuna, que á ser privados del Emperador? *¿Majorne esse poterit spes nostra quam ut amici Imperatoris simus?* Mas ¿quién nos ase-

por dialogismo.

interrogación.

¹ Job, VIII, 7.—² Conf. L. VIII, c. 6.

miserias de la vida, gura que lograremos nuestra pretensión? La vida es corta, la mocedad pasajera, la salud quebradiza, los pretendientes muchos, y pocos los cargos y dignidades. Y si se logran venturosamente nuestros deseos, ¿qué sacaremos, sino mudar fatigas por fatigas, peligros por peligros, servidumbre por servidumbre? *Quid tibi non fragile plenumque periculis?* ¿Qué cosa más tornadiza y frágil que las esperanzas y glorias cortesanas? ¿Qué de enemigos nos cercarán! ¡qué de envidiosos nos aborrecerán y roerán con sus dientes nuestra fama! Por fuerza habremos de vivir en continuo temor y sobresalto. Mas, si quiero ser amigo de Dios, luego lo puedo ser, sin que nadie me estorbe el paso ni me pueda derribar de mi privanza: *Amicus autem Dei, si voluero, ecce nunc fio.*

Etopaya de la construcción.

Desenlace final, la conversión.

Retrato de la vida penitente.

Diciendo estas palabras, turbado con las ansias de la nueva vida, volvía los ojos al libro, y trocábase de dentro, y leía y sollozaba al mismo tiempo, mudándose á este compás el semblante del rostro, de pálido en color de grana, de profundamente pensativo en argamante triste y lloroso. Por fin, cierra el libro de repente, y dando sobre la mesa un recio golpe y despidiendo un gemido de su turbado corazón, dice á su amigo: Ya yo estoy quieto y descansado; ya he dado de mano á nuestras esperanzas, y tengo determinado de servir á Dios, y desde esta hora me quedo en esta soledad; tú, si no quieres imitarme, no quieras estorbarme: *Ego jam Deo servire statui, et hoc ex hora hac, in hoc loco aggredior; te, si piget imitari, noli adversari.* ¿Cómo?, respondió conmovido con tal ejemplo el compañero: no permita Dios que yo me quede con la tierra y á ti te deje el cielo. No puedo apartarme de ti ni dejar de hacerte compañía. Ó ambos volvemos á palacio, ó nos encerramos ambos en esta pobre vivienda. Y resueltos de no volver á la presencia del Emperador, le dieron cuenta por escrito de su magnánima é incontrastable determinación; y luego desmudáronse las ricas vestiduras de oro y pedrería, vistieron sus carnes de un saco áspero y grosero, por cinto un pedazo de cuerda, y por palacio escogieron una celdilla, donde comenzaron á seguir de veras á Jesucristo en pobreza y mortificación, descalzos, ayunos y marchitos, pero bañada el alma de suavidad, tan celebrados por esta hazaña en todo

el mundo, como el mundo era por ellos menospreciado y escupido.

Decidme ahora, cristianos: tantas obras y ejercicios de virtud, tantas vigiliass y rigurosas abstinencias, tanta oración y prolongados rezos, tantas horas de profunda contemplación, tantos rigores con que domaban de continuo la rebeldía de su cuerpo, tantos trabajos, finalmente, como padecieron por todos los días de su vida mortal para granjear la eterna, ¿dónde tuvieron comienzo? ¿cuál fué el primer eslabón de esta cadena? ¿qué principio tuvo este camino bueno, como se llama en los Proverbios? *Initium viae bonae?* ^{a.ª parte, y amplificación á causa,} 1. Mirad qué cosa tan baladí; de haberse apartado de los juegos en el circo. De aquí dispuso el Señor que, que se hallasen en medio del bosque; que viesen la celda del ermitaño; del ver y remirar la celda, que leyesen en las maravillosas páginas del libro; del leer en el libro, y ^{que fué haberse apartado del circo,} *climax.* que se levantasen aquellas olas y se encendiesen en sus corazones aquellos devotos sentimientos, y de ahí que conociesen y aborreciesen el brillo engañoso de la corte, y el dar libelo de repudio al mundo, y el dejar sus casas y hacienda, y el abrazarse con Cristo y seguir hasta la muerte el camino real de la santa cruz.

Pues figuraos que no se hubiesen alejado; antes, por el contrario, entretenidos en el circo, donde podían tal vez quedarse sin remordimiento de conciencia; ¿hubiera pasado nada de esto? Moralmente hablando y de ley ordinaria, no, por aquella razón que da el Ecclesiastés, que cada cosa tiene su tiempo y coyuntura: *Omni negotio tempus est et opportunitas* ^{2.ª y gradación.} 2. Más bien hubiérase seguido un orden y encadenamiento de sucesos muy distinto, que sabe Dios adónde los hubiera encaminado: porque sin duda permanecerian en el servicio del Emperador, en los vicios y cenagal del mundo, y por ahí en medio de lazos del demonio y precipicios del infierno. Por donde han de reconocer que su salvación tuvo principio y bienaventurado nacimiento, como en causa no próxima, sino lejana pero fecunda, de haber de-

Conclusión ilustrada.

1 Prov., xvi, 5. — 2 Eccli., viii, 6.

jado un pasatiempo no malo. Esto fué el origen de su salud; ésta como la fuente imperceptible, que vió Mardoqueo convertirse después en caudaloso río ¹; ésta á semejanza de la piedrezuela que vió Daniel crecer y trocarse en altísima montaña ².

por semejanzas bíblicas.

Arg. 3.^o
CONFIRMACIÓN
del anterior,

VI

Pues tened entendido que de nonadas semejantes comen-
Zaron casi todos los santos, cuyas heroicas virtudes y subid-
inducciones de grandes santos; perfección y estupendos milagros leemos en las histo-
rias. Pocos se nacieron santos , hermanos míos; allá en el
Testamento Viejo un Jeremías, y en el Nuevo un Juan Bau-
tista; los demás, por la mayor parte, no se nacieron, sino
que se hicieron santos y conquistaron el cielo á viva fuerza.
¿Y cómo se hicieron? ¿qué lance tan venturoso dió ocasión
á su mudanza? En uno, el haber arrojado de sí el arpa y
la vihuela que tañía primorosamente por irse tras un hom-
bre venerado como santo, que á la sazón pasaba por la pla-
za acompañado de numerosa muchedumbre, como acac-
ció á San Rainero de Pisa; en otro, el mirar la horrura
y fealdad de un cadáver, como á San Francisco de Bor-
ja; en otros, el perdonar una ofensa con pecho generoso,
como al bienaventurado Juan Gualberto; en éstos, el haber
socorrido misericordiosamente á un pobrecito, como al gran
Francisco de Asís; en aquéllos, el sufrir, siendo inocentes,
con mucha paciencia y silencio las pesadumbres de la cár-
cel, como á San Efrén de Siria; en muchos, el haber oído
por casualidad un sermón, como á San Nicolás de Tolenti-
no; en otros, el haber resbalado en el lodo con gran confu-
sión y vergüenza, como al glorioso San Telmo, de la Or-
den de Santo Domingo; en otros, por no sé qué reprensión
de la madre, como sucedió á San Andrés Corsino; en otros,
el haber ayudado una misa, como sabemos del ilustre Pa-
dre Marcelo Mastrilli, valeroso campeón de mi sagrada
Compañía, el cual, llegado al sepulcro de San Francis-
co Xavier, entendió con lumbré soberana y celestial que

San Rainero,

San Francisco de
Borja,

San Juan Gual-
berto,

San Francisco de
Asís, &c.

San Efrén,

San Nicolás de
Tolentino,

San Telmo,

San Andrés Cor-
sino,

P. Mastrilli.

¹ Esth., xi, 10.—² Dan., ii, 35.

Dios le había encumbrado á la gloria de apóstol de Cristo y obrador de maravillas en las regiones del Oriente, por razón de que, pidiéndole un Padre anciano en hora bien im-
portuna que le ayudase la misa, él, con semblante apaci-
ble, al punto le siguió.

Mas ¿por qué me canso en buscar ejemplos? ¿Qué mayor
santidad, si bien de metal y temple muy diverso, que la de
un San Antonio Abad y San Ignacio de Loyola? Ruégoos
que escuchéis con atención el paralelo que voy á trazar en-
tre estos gloriosísimos patriarcas, y perdonadme si por ven-
tura en mi boca os pareciese poco modesto. Fueron ambos
escogidos por Dios para capitanes de nuevas milicias y Pa-
dres de numerosísimos hijos, aquéllos pacíficos penitentes y
contemplativos, éstos afables y obreros activos de la viña
del Señor. Ambos sostuvieron en los comienzos de su con-
versión batallas muy reñidas y trabajosas con los demonios,
que si aparecían á Antonio en formas espantables de fieras
bravas, que le amenazaban con sus uñas, bramidos y silbos
temerosos, á Ignacio aparecían en figuras halagüeñas de
mujeres y sierpes, brillantes y tentadoras. Mas ambos al-
canzaron del Señor tal señorío sobre los espíritus immun-
dos, que si Antonio los espantaba con solo una palabra, los
lanzaba Ignacio con el bastón. Codiciaron ambos la palma
del martirio por el derramamiento de su sangre, y estas
ansias llevaron á Antonio á la ciudad de Alejandría, y á Ig-
nacio á Jerusalén, á predicar el nombre de Jesucristo. Pero
la divina providencia los libró de la muerte para que die-
sen vida á muchas gentes; por donde dispuso que Antonio
poblase los desiertos y fecundase los páramos con infinitos
solitarios, é Ignacio hinchese las ciudades de celosos pre-
dicadores. Y comoquiera que los levantó su Majestad á en-
trampos para reparar en la Iglesia las queiebras que pade-
cía, en los días de Antonio por la herejía del blasfemo Arrio,
y en el siglo de Ignacio por las abominables que sacó de los
infiernos el maldito Lutero, por esta razón deja Antonio por
un tiempo las soledades de la Tebaida, é Ignacio para siem-
pre el apartamiento de Manresa. Y así como Antonio, aun
en vida, tuvo la ventura de ver á sus hijos derramados, no
ólo por Oriente, sino en las partes de Occidente, también

Paralelo ilustra-
do entre San An-
tonio y San Igna-
cio.

Semejantes en la
divina elección.

en los combates
contra el demo-
nio,

en los viajes y an-
sias del martirio,

en la predestina-
ción de ambos.

y dilatación de
sus religiones.

Ignacio vió dilatada, antes de morir, su belicosa religión, no sólo por todas las provincias de Occidente, sino hasta los postreros confines del Oriente. Parecido fué el aprecio y veneración que reyes y pontífices á ambos profesaron; que si el emperador Constantino acudía por consejo al gran Antonio, por consejo acudía á Ignacio el emperador Ferdinando, quien tenía mandado á su embajador en Roma, que no tratase negocio con su santidad sin consultarlo antes con Ignacio. Y, en remate, igual fué la providencia divina en defensa de los esclarecidos patriarcas, por cuanto con vivo fuego castigó el Señor á los burladores de Antonio, y en vivo fuego consumió también la soberbia de los menospreciados de Ignacio, haciendo que se abrasase súbitamente cierto caballero, que osó mojar y escarnecer de su virtud.

Pero decidme ya: ¿cuál fué el comienzo de la santa vida de estas dos lumbresas de la Iglesia? ¿cuál el principio de su buen camino? *Initium viae bonae*? ¿No os parece que debió ser grande y poderosa la semilla que brotó dos árboles tan frondosos, mucho más que el que vió en sueños el rey de Babilonia ¹, los cuales han dilatado la pompa de su magnífico ramaje de mar á mar, de Norte á Mediodía? Pues oid y maravillaos. En aquél fué el comienzo de los caminos de Dios el asistir devotamente á una misa; en éste, leer con atención en un libro piadoso. Entra Antonio, mancebo todavía y de floridas esperanzas, en una iglesia á oír la santa misa, párase y oye en el Evangelio aquella sentencia de Jesucristo: Si quieres ser perfecto, anda, vende cuanto tienes y dalo á los pobres; ven y sígueme á mí. Antonio siente que habla con él aquella voz, y allí mismo determina seguir desnudo al desnudo Jesús. Pide el convaleciente Ignacio un libro de pasatiempo, y ofrécenle la vida de Cristo nuestro Señor y las leyendas de los santos, en lugar de los profanos que más le deleitaban; comienza á leer en ellos y á inflamarse en generosos deseos de imitar lo que leía.

Ahora bien; si ni aquél hubiese oído la misa, ni éste leído en el libro devoto, ¿creéis por ventura que Antonio hubiese llegado á ser el gran Antonio, ni D. Íñigo de Loyola el

en el favor de reyes

y pontífices,

en la honra que Dios les hizo.

2.ª parte. Sus comienzos.

Transición por alegoría del árbol frondoso.

Comienzo de San Antonio, la palabra de Dios oída.

en San Ignacio, las Víscas de los Santos.

Amplificase por contrastar conjetura

¹ Dan., iv.

ilustre patriarca San Ignacio de Loyola? No lo sé, porque tales juicios tocan en los consejos inapeables de la majestad de Dios, que son las aguas de aquel torrente profundo, que ni el profeta Ezequiel se atrevió á vadear, por temor de ser envuelto y anegado. *Aquae profundi torrentis, qui non potest transvadari* ¹. Pero, venerando los juicios altísimos de Dios, es posible que no llegaran; porque acostumbra el Señor valerse, respecto de los hombres, de aquella providencia de que se valió para limpiar á Naamán Siro de la lepra que le afeaba. ¿Sabéis á qué práctica ciñó y ató Dios la cura de Naamán? A cosa muy liviana y, al parecer, de escasa monta; á que se bañase siete veces en el extranjero riachuelo del Jordán: *Lavare septies in Jordane, et mundaberis* ². ¿Cómo, decía Naamán; ¿no puede acaso venir el profeta de Dios á ponerme sus manos sobre mi cabeza y quedaré limpio? No, la voluntad de Dios es que te laves. Pues ya que es forzoso que me lave, ¿por qué no en mis bendecidas aguas de Damasco? No, ha de ser en el Jordán. ¿No sería mejor bañarse en las saludables corrientes del río Abana? No, en el Jordán. Pero más caudaloso y limpio es el Farfár. En el Jordán, en el Jordán te has de lavar, y siete veces, si quieres limpiarte de la lepra. ¿Quién eres tú, que señalas leyes al querer divino? *Quis ei dicere potest; cur ita facis* ³. ¿Quién puede decir á Dios, por qué haces esto? Haz tú lo que te plazca, que señor eres de tu albedrío y voluntad; pero sabe de cierto que el negocio de curar la enfermedad de tu cuerpo, y más la de tu alma, estriba en que te laves siete veces en las aguas del Jordán, y mortifiques así tu amor propio con una acción, á tu soberbio parecer, no proporcionada á tu dolencia: *Lavare septies in Jordane, et mundaberis*: Lávate siete veces en el Jordán y serás limpio.

Por este estilo suele su Majestad vincular frecuentemente la santidad y aun la salvación de los hombres á obras, miradas de sobre haz, muy livianas, las cuales si ejecuta el hombre, derrama tan copiosamente del tesoro de sus gracias, y rodéale y previénle de suerte su amorosa é inefable providencia, que infaliblemente llega al cielo, como sucedió en

y ejemplo de Naamán leproso.

Narración sencilla

por subjección,

oímar y

dialogismo.

Ha de ser en el Jordán; y siete veces.

Conclusión final,

primer miembro,

¹ Ez., xlvii, 5. — ² 4 Reg., v, 10. — ³ Job, ix, 12.

la cura de Naamán. Mas si emperza el hombre en la ejecución de aquella niñería ú obra buena, entonces encoge Dios la mano y, sin faltar en las ayudas necesarias y suficientes, ya no envía aquellos socorros abundantes, aquellas lumbres y toques interiores, aquellos auxilios y protección regaladísimas, que no se nos deben, como muy bien saben los teólogos, ni por título de creación, ni en ley de redención; antes déjalas que sigan sus mentirosos juicios y dañadas concupiscencias, y que por esta vía se condenen; como no curara Naamán, si hubiera porfiado tercamente en no bañarse en las aguas del Jordán.

segundo miembro.

Arg. 4.^o
De las circunstancias del tiempo.

Hay un momento crítico, del cual pende la eternidad.
Luego pende de cosas pequeñas.

Anitec. por autoridad y semejanza de la estrechura del camino

(precaución teológica.)

V

Ésta es la sentencia terrible que los santos encarecen, cuando dicen que de un momento de tiempo está colgada la eternidad: *Momentum unde pendet aeternitas*. Usamos muchos que este momento es el de la muerte, y en razón de ello vémoslos desperdiciar los demás instantes de la vida, imaginando estos miserables que basta lograr bien aquel último y postrer momento. Pero engañanse lastimosamente. Que este momento para unos pasa en los tiernos años, para otros en la mocedad, para otros en la vejez. Momento sublime, lance grandioso en que se muestra Dios terribilísimo en sus consejos sobre los hijos de los hombres: *Terribilis in consiliis super filios hominum*¹; en el cual nos espera su Majestad, por decirlo así, en la angostura del camino, con el propósito de tentar nuestra fidelidad y buena correspondencia. Así lo reveló Moisés á su pueblo por aquellas palabras preñadas de misterios: *Tentat vos Dominus, ut palam fiat utrum diligatis eum, an non, in tota anima vestra*: Tiéntaos el Señor para que se descubra manifiestamente si le amáis ó no de todo corazón². No porque, perdido aquel lance, no sea posible granjear la salvación ó merecer la condenación, que sería error grosero el afirmarlo, sino porque, de lograr ó perder aquella ocasión ú oportunidad, penderá que nos encontremos con más ó menos embarazos en el ca-

¹ Ps. xv, 5.—² Deut. xiii, 3.

mino del cielo, que tengamos en lo porvenir más ó menos fuerzas para vencerlos; en suma, por valerme de la expresión del Apóstol, que hallemos ó no hallemos gracia en el auxilio oportuno: *Ut gratiam inveniamus in auxilio opportuno*¹. Veámoslo, si os place, con un ejemplo notable de las divinas Escrituras, el cual confirma maravillosamente mi propósito, y que merece por cierto ser escuchado con gran de atención por su autoridad, y con temor y encogimiento de los juicios de Dios.

Transición para despertar la atención.

Requerido el Señor importunadamente por los judíos que les diese un rey, que los rigiese y gobernase en lugar de los jueces, condescendió al cabo con su demanda y escogió para tal oficio á Saúl. Era Saúl de vil y desconocido linaje, pero de virtud señaladísima, hasta decimos de él las sagradas letras que nadie en todo Israel le hacía ventaja en prendas de bondad: *Non erat vir melior illo*²; con advertencia que florecían en aquella sazón un Samuel y un David, virtuosísimos. El mismo Samuel, por mandamiento divino, lo escogió, le ungió por rey y le proclamó por tal con vocería y regocijo de la muchedumbre.

La pérdida de Saúl.

Narración compuesta.

4.^a parte. La desobediencia de Saúl.

Y como, al empuñar las riendas del nuevo gobierno, fuese usanza en el pueblo de Dios ofrecer solemnes sacrificios, llamó Samuel al recién ungió y díjole: Vé á Gálgala con tu gente, y, llegado que hayas, aguardame por espacio de siete días, que yo iré, y sacrificaré: *Septem diebus expectabis, donec veniam ad te*³. Mueve Saúl sus escuadrones hacia Gálgala, sienta sus reales, espera un día y otro día; ya llega el séptimo y postrero, y Samuel no comparece. ¿Qué ha de hacer Saúl? ¿Qué partido ha de tomar? Vese cercado de enemigos que le provocan y aguijan á la pelea, su gente en orden de batalla y esperando el sonido de las trompetas, los animales y víctimas aparejadas para el sacrificio; resuelve, pues, como ya transmóntase el sol del día séptimo, sacrificar por su mano al Dios de los ejércitos, como prevenía la misma ley que lo hiciese en caso que faltase sacerdote.

Exposición, ó la jornada á Gálgala.

Nada, ó el sacrificio del día séptimo.

Mas he aquí que, al derramar la sangre de las primeras víctimas, llega Samuel. Salen todos á su encuentro, y al re-

La presencia de Samuel.

¹ Hebr., iv, 6.—² 1 Reg., ix, 2.—³ 1 Reg., x, 5.

parar el profeta de Dios en el atrevimiento de Saúl, ¡Ay desventurado de tí exclama con acento fatídico y amargo. ¡Ay desventurado de tí! ¿qué has hecho? *Quid fecisti?* Has ta ahora, respondió Saúl, os he esperado; pero mi gente se impacientaba, amenazábons los enemigos, y tuve por cosa criminal salir á pelear sin haber aplacado á Dios con víctimas pacíficas. Anticipéme á vuestra llegada, porque presumí que os había sobrevenido algún accidente inesperado.—Muy necia y torpemente has obrado, replicó Saúl, *stulte egisti*; y desde este punto (ponderad, os ruego, la espantosa y horrenda condición que añade), desde este punto protesto y te certifico que, si esperaras un poco más, hubieras perpetuado el cetro de Israel en tu familia; mas, por tu osadía y descomedimiento, ni sucesor tendrás de tu linaje: *Si non fecisses, jam nunc præparasset Dominus regnum tuum super Israel in sempternum; sed nequaquam regnum tuum ultra consurget*¹. Pero no fuera grave daño perder Saúl el reino temporal en pena de su desacato; mas perder también la gracia, perder las virtudes, perder el alma, perder el reino perdurable de la gloria, ésta fué pérdida y castigo terribilísimo.

Desenlace, ó la fatal sentencia.—
Está perdido.—

2.ª parte. Ejecución y cumplimiento de la profecía.

Transición por nueva precaución.

Exposición del plan divino.

Ved, católicos, en qué manera y por qué caminos. No, no se condenó Saúl por aquel acto, puesto que muchos doctores le excusan de pecado grave, ó porque estimara erradamente que el mandamiento del Profeta se entendía que le aguardase hasta alborear el día séptimo, ó porque creyera que debía ceder á la importunación y ansias impacientes de su ejército, como parecen indicar aquellas palabras que después dijo en su disculpa: *Necessitate compulsus, obtuli holocaustum*: forzado y á más no poder ofrecí el holocausto. Pues ¿cómo, sin embargo de esto, causó su ruina el presente desacierto? Causóla, no en calidad de obra mala y de suyo merecedora de infierno, sino como disposición y camino de obras malas y dignas por sí de eterna reprobación. Me explicaré.

En castigo de aquel quebrantamiento decreta Dios variar á los hijos y descendencia de Saúl del cetro de Israel,

¹ 1 Reg., XIII, 13-14.

que era beneficio temporal y de pura liberalidad, y en virtud de esta ordenación le prepara un sucesor en la persona de David. Mas siendo estilo de la divina providencia, según frase de la Sabiduría, disponer suavemente y con suma reverencia lo que acerca de nosotros determinó, *cum magna reverencia disponit nos*¹, proveyó que ocurriese un lance oportunísimo para traer á David de las majadas á la corte, del pellico á la púrpura real. Saúl es el primero en llamarle á sí, apretado por los filisteos y afrentado con los fieros y amenazas de Goliat; mas luego que vió el vencimiento del gigante, y la rota de las huestes filisteas, y el alborozo del ejército, y oyó las voces de las mujeres hebreas, que tan regocijadamente cantaban á David la gala de la victoria, entendió Saúl quién era el vaticinado sucesor de la corona. Desde aquella hora miró al pastorcillo de Isai con aquellos ojos con que suelen mirarse los sucesores, y el gusano de la envidia roía y despedazaba sus entrañas. La ojeriza crece, inflámase el odio, hinchase su corazón de venenosa rabia y busca maneras de maltratar á su rival, unas veces arrojándole frenético la lanza, otras enviando matadores á su estancia ó escondrijo, otras armándole celadas en selvas y yermos despoblados. De ahí viene á estimar en más el lustre y conservación de la corona que no los mandamientos del Señor. Y como averiguase que algunos sacerdotes de Nobe habían acogido á su rival, manda que luego al punto y en su misma presencia sean todos pasados á cuchillo. Derrámase la sangre, y caen rodando á sus malvados pies las cabezas de ochenta y cinco sacerdotes, revestidos aún de sagrados ornamentos; y aun no harlo con la sangre sacerdotal, ordena que se entre la ciudad toda á sangre y fuego, con estrago horrible y espantosa matanza de hombres y mujeres, de mozos y viejos, de niños y pequeñuelos, sin perdonar ni aun á las bestias del campo ni á las piedras de los edificios. Así, de lance en lance y de precipicio en precipicio, vino finalmente, en una batalla que se trabó en las fragosidades del monte Gelboé, á perder á los tres hijos, en cuyas manos tenía determinado perpetuar el cetro;

su ejecución en la muerte de Goliat.

Nudo, ó las iras de Saúl

contra David,

contra los moralizadores de Nobe

descripción)

Catástrofe en Gelboé.

¹ Sap., XII, 18.

mas, desatinado con este golpe y arrebatado de furor, busca la muerte, y ni aun halla quien le cumpla su deseo; hasta que, empuñando él mismo su espada y revolviéndola contra su pecho, lo rompe y despedaza, y muere el desventurado Rey. Ved aquí, hermanos míos, ved aquí, dice San Crisóstomo ponderando tan lamentable tragedia, cómo el iracundo monarca, por no haber obedecido el mandamiento de Samuel, fué empeorando poco á poco, y de resbaladero en resbaladero no paró hasta dar consigo en el profundo bátrato de la eterna perdición ¹.

Conclusión por autoridad del Crisóstomo.

3.^a parte, ó amplificación conjetural,

por diálogo imitativo;

felicidad del rey, si obedeciera.

Pero dejadme ahora filosofar sobre este caso. Si alguien, codicioso de la salud del Rey, le hubiera dicho á tiempo que iba á traspasar las órdenes del Profeta:—Señor, señor, no hagáis tal; porque de esta acción depende infalible, si bien lejanamente, vuestra prosperidad, vuestra corona, vuestra salvación temporal y eterna,—¿le creyera por ventura el Rey?—¿Cómo, le respondería, de una obra tan liviana, de acción tan insignificante, ha de colgar mi temporal y eterno bienestar? Espantajos de conciencia escrupulosa, temores de ánimas asombradizas. No lo creo, no puede ser.—Y no obstante fué; no por razón de faltarle fuerzas para desviarse de los caminos torcidos por que luego anduvo, sino por serle muy dificultoso y en tal extremo que no lo hizo, cuando, dada su índole y la derechura de su corazón, le fuera facilísimo si gozara el reino con paz y sosiego, sin contradicción de pretendientes ni recelos de sucesor, como es de fe que así lo gozara á no quebrar el ordenamiento de Samuel.

Siémbranse los afectos de dolor y de temor;

Saquemos, pues, de historia tan funesta una enseñanza muy saludable á nuestras almas, y exclamemos con San Gregorio y temblando el corazón: *En quam magna perdidit, qui, ut putabat, nulla contempsit.* ¡Ved aquí cuántas y cuán grandes cosas se perdió quien creía que menospreciaba unas pequenezes y naderías! ¡Que por tan poco perdiera tanto! ¡Que de un hilo estuviera colgada su eterna perdi-

¹ Dum Samueli non obtemperavit, paulatim atque paulatim habens, non stetit quoadusque ad ipsum perditionis barathrum seipsum immisit. Hom. 87 in Matth.

ción ó su bienaventuranza eterna! ¿Qué misterio es este, hermanos míos? ¡Oh Dios, grande en tus consejos, profundo é inapeable en tus pensamientos! *Magnus consilio, incomprehensibilis cogitatu* ¹. Tentó su divina Majestad la obediencia y rendimiento de Saúl, para ver si era del dichoso número de vencedores, de quien se escribe en la Sábida: *Deus tentavit eos, et invenit illos dignos se* ². Probólos el Señor y hallólos dignos de sí; púsole en aquel aprieto y angostura; pero Saúl malogró el lance, blandió su corazón y no obedeció; con lo cual, negándole desde aquel punto aquellos auxilios y gracias sobreabundantes, que según el propósito de su voluntad le tenía apercibidos, *secundum propositum voluntatis suae*, permitió que de tropiezo en tropiezo se despenase en la ruina perdurable.

Hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo, ¿pasa ó no pasa este mismo juicio con nosotros? ¿Válese Dios de justicia y providencia semejante para encaminarnos á la salvación y á la santidad? ¿Cuántas veces, como aconsejándose, dirá Dios en su corazón: quiero inspirar á aquel padre de familia, vilmente enlazado en torpe amistad, que vaya al sermón; si asiente y va, yo le tocaré el corazón con auxilios oportunos y quebrará por fin las pérfidas cadenas. Desechada la amistad, no le vendrá tan cuesta arriba frecuentar los santos sacramentos. Con el frecuente confesar y comulgar, irán cediendo los malos hábitos contraídos en juegos y parlerías, en negociaciones y codicias de interés; de ahí, con mejor acuerdo, vendrá á retirarse á su casa, á mirar por la familia, á cuidar con templanza cristiana sus acrecentamientos, y, tras este vivir retirado, á morir pacífico en mis brazos. Mas si desoye mi voz y la divina palabra de aquel sermón, durará en su torpe amistad; se enredará en otras más peligrosas; su codicia se arraigará de cada día; se desmandará en el negocio, surgirá un pleito, suscitarse una quimera, y vendrá á morir desventuradamente á manos de su rival.—A aquel joven tan disipado quiero inspirarle que con ocasión de tal festividad vaya á confesar. Si oye mi llamamiento, yo le compungiré el alma y tocaré de

Ruina de Saúl por una nozada.

anacefalosis

y transición á la

4.^a parte, ó aplicación edificativa.

Juicios de Dios, ó encadenamiento de sus gracias

(por monólogo divino)

en un padre de familia, primera hipótesis,

hipótesis segunda.

En un joven: hipótesis de salvación,

¹ Jer., xxxii, 19.—² Sap., iii, 5.

manera con auxilios oportunos, que venga á romper con aquellos compañeros y malos amigos. Así, desviado de esas compañías, no sentirá repugnancia en darse con ahinco al estudio de las letras y al ejercicio de la virtud. Blandamente, y por sus pasos, irá entrando con esta aplicación en deseos de mortificación, de oración y de más recogimiento. Tras esto, determinado de asegurar el alma y viéndolo á los ojos las tempestades del mundo, huirá de él al puerto de la sagrada religión, y de aquí al de la gloria eterna. Mas si cierra los oídos á mi inspiración y no se confiesa,

hipótesis de condenación.

PERORACIÓN por revelación de los caminos de la eternidad.

continuará con sus perversos amigos, empeorará de día en día, se enredará en nuevos lazos, se deslizará en nuevos desórdenes que le arrastrarán por remate á los infiernos.— Cristianos, torno á decir, y hermanos míos amadísimos, ello es así, como digo; ello es verdad certísima, infalible, incontrastable, si bien, sumidos ahora en las tinieblas de esta mortalidad, no la podemos comprender porque tenemos los ojos entenebrecidos con espesísimo velo: *Contenebrati sumi oculi nostri* ¹: pero la comprenderemos en el día tremendo de las eternas revelaciones, cuando, rasgado el velo y dispadas las tinieblas, veremos espantados los caminos por donde plugo á la divina misericordia llevarnos á salvamento, ó á nuestro albedrío condenarnos para siempre: *Viam vitæ et viam mortis* ². Veremos los caminos de la vida ó los caminos de la muerte. Entonces, atemorizados los justos, como viandante que caminó toda la noche por la orilla misma de horrendo precipicio, exclamarán con asombro: ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡De qué hilo estuvo colgada mi salvación! ¡Cuán poco faltó que no me desviara del camino del cielo y diera conmigo en el ancho del infierno! *Nisi quia Dominus adjuvit me, paulo minus habitasset in inferno anima mea* ³. Un tantico que alzara Dios su mano, ya estuviera mi alma en los infiernos. Aquella obra buena me salvó, aquel acto generoso que hice en tal día, en tal tiempo, en tal ocasión y conjuntura. Si llego en mi locura á menospreciarlo, ¡Dios mío! ¡Dios mío!, ¡por qué sendas tan diferentes hubiera caminado!

afectos de bendición y de

psalmo.

¹ Thren., v, 17.—² Jer., XXI, 8.—³ Ps. XCHI, 17.

Por el contrario, ¡cómo bramarán, cómo aullarán los miserables condenados cuando abran los ojos y vean por qué ocasión tan pequeña se extraviaron del cielo! *Viam civitatis habitaculi non invenerunt* ¹. No encontraron el camino de la ciudad eterna. ¡Oh si oyera aquel sermón! ¡Oh si dejara aquella compañía! ¡Oh si me arrancara de aquel juego! ¡Oh si no acudiera á aquella tertulia, ni leyera aquel libro, ni asistiera á aquel sarao, ni viera aquella representación! ¡Ay, malaventurado de mí, ya no hay remedio por toda la eternidad! ¡Por toda la eternidad ya no hay remedio, malaventurado de mí! ¡Qué cosas malogré, qué bienes perdí al figurarme, en mi loco desvarío, que no me iba nada en despreñarlo! *Quam magna perdidisti, qui, ut putabam, nulla contempsisti*! Pero dejadme descansar un momento, y vuelvo á mi propósito.

Voz segunda de los que se condenaron.

por desengaños y exaraciones infernales.

SEGUNDA PARTE

VI

CONSECUENCIA PRÁCTICA, por vía de prolepsis y afectos de temor.

Paréceme ver en vuestros semblantes retratada una inquietud é incertidumbre grande, como de quien desea proponer una duda, que á ratos os punza el espíritu y desasosiega el corazón. Desahogaos, hermanos míos, y decid animosamente la duda que os congoja. A ser verdadera, me decís, esta doctrina que acabáis de predicar, seguiríase que habríamos de vivir en continuo sobresalto y cuidado solícito y congojoso. Comoquiera que, si nos dijieran con puntualidad de qué acción de nuestra vida pende, como de raíz, nuestra desventura ó bienaventuranza, ¿quién duda sino que pondríamos en ella todos nuestros sentidos, á fin de hacerla con la mayor perfección posible? Mas, ignorando esta circunstancia, será forzoso remirarse y recatarse en todas, y hacer gran cuenta de cualquier cosilla; y así deberíamos estar muy lejos de menospreciar ninguna falta, por pequeña que parezca, ni movimiento ninguno ó inspiración

¡Luego hay que velar y desojarse todos los instantes?

(gradación)

¹ Ps. CVI, 4.

de la gracia, por menos importante que se nos figure; antes bien, en todo lugar y circunstancia, en toda ocasión y coyuntura, todos los días, todas las horas, todos los instantes, convendría, según esta enseñanza, andar muy sobre aviso, no desmandarse nunca, y asegurar con todo linaje de obras buenas, aun muy menudas y pequeñas, nuestra eterna salvación.

Harto veo el alcance de vuestras palabras, y me espanta la terribilidad de vuestra conclusión; hartó veo el aprieto y congoja en que, según ella, nos ponemos. Mas ¿qué queréis que responda? ¿Puedo por ventura forjar inconvenientes, ó torcer las proposiciones que manifestamente concedió la sabiduría eterna? Así que, hermanos míos muy amados, doyme por vencido; sí, cuanto dijisteis es cierto, certísimo y de incontrastable verdad. ¿Qué otra cosa, pues, quiso significarnos el bienaventurado San Pedro cuando, tras un largo razonamiento, coligió aquella sentencia formidable? *Quapropter, fratres, magis satagite, ut per bona opera certam vestram vocationem et electionem faciatis: haec enim facientes, non peccabitis aliquando* ¹. Hermanos, dice el Apóstol, andad más ansiosos de hacer cierta, por medio de buenas obras, vuestra vocación y elección, porque, haciendo esto, no pecaréis alguna vez, y se os franqueará abundantemente la entrada al reino de nuestro Señor y Salvador Jesucristo; que es como decir, abreviando: Hermanos, hermanos míos, vosotros imagináis acaso que el negocio de la salvación eterna es negocio liviano y para tratarse de ligero y cuando sobre espacio. No es así, sino negocio gravísimo, trabajosísimo, inmortal, y que pide todo el hombre y debería llamar á sí todas nuestras fuerzas y pensamientos. Y así, hermanos míos, fatigaos, andad ansiosos, *fratres, magis satagite*, porque este negocio requiere diligencia, ahínco, vigilancia y esfuerzo, hasta que lleguemos, con el favor divino, á no cometer pecado grande ni pequeño, imperfección ó falta advertidamente y de propósito, y, cuanto más adelantareis, teneos por más obligados á su divina Majestad.

Resp. Concoñien-
dolo

y probándolo por

autoridad de San
Pedro

y paráfrasis vehe-
mente

(conduplicación).

Pero si la mayor parte de los hombres no viven así.—
Verdad es; mas por esta razón es tan ancho y espacioso el camino que lleva á los infiernos: *Spatiosa via est, quae ducit ad perditionem* ¹. Pero si son tan pocos los que andan con ese recato y vigilancia.—Verdad es; mas por esta causa es angosta y pequeña la puerta, que lleva á los hombres á la vida: *Angusta porta est, quae ducit ad vitam* ². ¿Os maravilla la crudeza de mi discurso? Mas ¿puedo yo predicar otras verdades que las predicadas por la verdad infalible y Verbo de Dios? ¿Puedo deshacer su Evangelio y forjarme otro á mi albedrío? ¿Puedo borrar de él lo que se me antoje para daros gusto? ¿Puede, en una palabra, decir una cosa el juez ó el monarca, y anunciar otra el embajador ó pregonero? *Nunquid aliquid iudex nuntiat, aliquid praeco clamat?* ³

Por testimonio
de J. C. en forma
de proleptis.

allegoría de los
dos caminos.

repetición enfati-
ca.

VII

Y en realidad de verdad, si así no fuese, muy menguados de entendimiento hubiesen sido aquellos gloriosos confesores que, oyendo el dicho del Eclesiastés: *qui timet Deum, nihil negligit* ⁴; quien á Dios teme, no desprecia nada, hacían tanto caso de cosas pequeñas, que por nada del mundo cometieran una imperfección deliberada. En sintiendo un movimiento de deleite los bienaventurados San Bernardo, San Francisco y San Benito, luego se arrojaban unos al estanque de agua frigidísima, otros á revolcarse entre la nieve, y otros á ensangrentarse entre espinos y rastrojos. Una ligera fantasía no pura, que en sueños atravesó por la imaginación de San Francisco Javier, le sobresaltó de suerte y aterró y conmovió tanto, que escupió con ímpetu una bocanada de sangre, y de poco se ahoga de puro susto y congoja. Una risa menos compuesta, una palabrilla no tan considerada, una vista de ojos algo desmandada, un paso menos recatado y modesto, así azoraban y angustiaban á las bienaventuradas vírgenes Santa Inés Augusta y Santa Ma-

CONFIRMACIÓN
por ejemplos de
SS.

enumeración,

San Bernardo,

San Javier,

Santa Inés...

por leves faltas se
añaden por exten-
sivo.

¹ 2 Pet., 1, 10.

¹ Matth., vii, 13.—² Matth., vii, 14.

³ S. Greg. Hom. 17 in Evang.—⁴ Eccli., vii, 19.

ría de Oñez, que no podían, al confesarse, articular palabra, con la avenida y golpe de los sollozos que lanzaban de su quebrantado corazón, según testifican el cardenal Pedro Damiano y el cardenal Santiago de Vitriaco, gravísimos y santísimos varones, que dirigían á aquellas santas.

Narración de Eusebio monje;

¿Qué más? Leía Eusebio, monje, en los sagrados evangelios en compañía de Amiano, cuando sucedió que, como unos labradores estuviesen labrando sus tierras en aquella campiña, Eusebio, por mirarlos, se distrajo y apartó los ojos de la lección. Corrido Eusebio, mandó á sus ojos que en ningún tiempo se deleitasen mirando la hermosura de la vega ni las estrellas del cielo. Desde allí se metió por una senda estrecha y se recogió á una choza, de donde nunca más salió todo lo restante de su vida. En esta estrecha prisión vivió cuarenta años hasta que murió; y porque la necesidad con la razón le forzase á estar allí quedo, se ató por los lomos con una cinta de hierro, y con otra más pesada la cerviz, y á estas cintas de hierro ató una cadena y la cadena al suelo, para que por fuerza estuviere encorvado, ni pudiese mirar ni andar con libertad.

por antitesis de su falta liviana

y en espantosa penitencia.

Argumentación a causa;

se congojaba tanto, por temor de caer en mayores culpas,

por testimonio de vino

y del mismo Eusebio,

Hermanos, ¿qué hacemos nosotros? ¿Pensáis por ventura que faltillas y negligencias tan menudas eran, en la estimación de aquellos santos, merecedoras de infierno, y que emprenderían penitencias tan espantosas en rescate y satisfacción de ellas? No, que bien se les entendía á aquellos justos apreciadores de las cosas, qué es lo que se requiere para ser reo de la eterna condenación. No ignoraban que para ello es menester pecado grave, cometido advertidamente, con plena deliberación, con entero propósito y voluntad. Y sin embargo, todavía se turbaban á vista de una falta, por entender cuán pendiente y resbaladiza es la senda del pecado, y cuán secretamente y sin sentir, el que menosprecia las cosas pequeñas, poco á poco viene á deslizar en las mayores, conforme al dicho del Espíritu Santo: *Qui spernit modica, paulatim decidet*¹. Así puntualmente lo confesó el mismo Eusebio á los que medio se escandalizaban de ver penitencia tan rigurosa por descuido tan ligero.—No os ma-

¹ Eccli., xix, 1.

ravilléis, hermanos, les decía; que si me castigo en esta falta con tal severidad, es para que el demonio maldito no me haga guerra en cosas mayores, y me arranque, con sus ardidés y tesón incansable, la templanza, la justicia y las demás virtudes: *Ne malignus daemon de magnis bellum gerat, conans auferre temperantiam atque justitiam*. Temiase el bienaventurado varón que del mirar por curiosidad un objeto indiferente no le indujese el tentador á mirar otro pecaminoso; recelábase luego que, admitida esta ligereza, no le llevase de la vista á la vana imaginación y complacencia, de la complacencia al deseo, del deseo al consentimiento, del consentimiento á la obra, y de ahí á la total ruina y miserable asolamiento del edificio espiritual con tanta costa levantado, según previene el Sabio: Si no te mantuvieres constante en el temor del Señor, súbitamente vendrá á tierra tu casa: *Si non in timore Domini tenueris te instanter, cito subvertetur domus tua*¹.

dímas y génesis del pecado mortal.

Pero me diréis que sentís fuerzas y corazón para absteros de lo más, aun gustado lo menos, y para vencer acometimientos mayores, aun después de rendidos á los menores, y que así no hablan con vosotros esas zozobras y sobresaltos. ¿Qué oigo? ¿Conque no sintieron esos alientos aquellos santísimos penitentes y los sentís vosotros? ¿Cómo, decidme, sólo con ellos fué la naturaleza tan ingrata, la carne tan rebelde, el favor divino tan escaso, tan empinada la virtud, y la salvación tan ardua y trabajosa? Vestidos ellos de ásperos cilicios, cubiertos de ceniza y señalado todo el cuerpo con el rigor de los azotes, huían, no obstante, de la sombra del pecado, como de principio de eterna perdición; y no teméis vosotros, vestidos de blandas sedas, perfumados tal vez con ungüentos olorosos, y regalando muellemente vuestro cuerpo? ¿Dónde están, exclamaría yo si así fuese, dónde están, ¡oh Dios altísimo y soberano proveedor del hombre!, dónde vuestras entrañas de Padre? ¿dónde vuestra equidad y justicia de Señor? ¿Que socorráis largamente á los desbocados pecadores, que viven engolfados en los deleites y vanidad del mundo, y seáis tan escaso con

REFUTACIÓN. — Sientome con fuerzas para resistir.

Resp. a) por indignación y antitelis

entre la aspereza de los santos

y el regalo de los mundanos.

b) por elocuente licencia y querrela contra Dios.

¹ Eccli., xxvii, 4.

los infelices que por amor vuestro se han desterrado á los yermos y soledades, donde pasan sus apenados días sin más compañía que las fieras, sin más testigos que el cielo, ni más vivienda que las cavernas, ni más refrigerio que las lágrimas, ni otro alivio que la amarga mortificación y penitencia? ¿Y es razón que vivan éstos tan congojados y temerosos de sí mismos, y aquéllos tan asegurados y tranquilos? Entonces más acertado será que nos arranquemos los cilicios, y arrojemos la disciplina, y despidamos los ayunos, y olvidemos todo tormento y crucifixión de nuestra carne, ya que mayores riesgos corren de condenarse los que rigurosamente se castigan las faltas más livianas que los que se beben como agua los pecados.

1) por absurdo.

2) Directamente por corrección y emplazamiento al tribunal de Dios.

sobre la dificultad de salvarse,

por definición.

PERORACIÓN y afectos de zozobra.

Bien sé que no á todos agradan esta entereza y modo de predicar, y que más gustosamente corren los oyentes á los

¹ Luc., XIII, 24.

oradores que alaban y aseguran, que no á los que infunden temores y desasosiegan saludablemente las conciencias. Mas ¿no dije, desde el comienzo de mi discurso, que no podía daros mi elocuencia sino temores y cuidados? No debierais, por lo tanto, enojaros contra mí, sino más bien apiadaros de mi miseria y afición. ¿Por ventura no corro yo la misma suerte que vosotros? ¿No son unos los peligros, las dudas, las incertidumbres? ¿No penden de la misma balanza nuestras almas? ¿Imagináis que no sabría ó no querría también complacer vuestros oídos, hablar al sabor de vuestro paladar, lisonjear vuestras inclinaciones y granjearme artificialmente vuestro amor y benevolencia? Pero me lo prohíbe Dios, me lo veda mi deber de siervo fiel; no me sufre el cariño que os he cobrado que, por culpa mía y por daros un gusto pasajero, arriesguéis vuestra eterna salvación. Y así, cierto mi discurso con aquellas palabras del glorioso San Agustín: *Fratres, nimis timendum esse volo*¹. Hermanos, temed, temed y recataos mucho, que más vale el temor santo que la mal segura confianza: *Melius est enim non vobis dare securitatem malam*. Por lo que á mí toca, no puedo dar lo que no tengo: *Non dabo, quod non accipio*. Porque ¿cómo os inspiraré yo el sentimiento de seguridad, que no hallo en mi vacilante corazón? A estar yo seguro y firme, también os afirmaría y aseguraría á vosotros: *Securos vos facerem, si securus ego essem*. Pero ¡ay de mí! que todo tiemblo y me estremezco, y me quedo como atónito y pasmado al pensar en mi alma. ¿Y queréis que en este estado os tranquilice y asegure?

Transición y

costumbres oratorias.

El orador teme y atemoriza.

Pero todavía hallo un modo de sentir alguna firmeza y seguridad en el negocio de nuestra salvación. ¿Sabéis cuál, hermanos? Habernos siempre con temor grande, andar siempre con cuidado inmenso, y pedir al Señor instantemente y con esperanza sin límites que nos tenga de su bendita y omnipotente mano, y encamine nuestras almas á la patria bienaventurada é inmutable eternidad. Si así obrareis, viviréis contentos: *Beatus homo qui semper est pavidus*: Bienaventurado el varón que siempre anda temeroso².

El único remedio:

el santo temor de Dios.

¹ In Ps. 80. — ² Prov. XXVIII, 14.

OBSERVACIONES CRÍTICAS

ACERCA DEL DISCURSO VEINTIUNO

En verdad que, leído este discurso, más ganas sentirán los lectores de llorar que de oír censuras. ¿Qué efecto, pues, había de causar, oído de boca del mismo santísimo varón y predicado con tanto fuego, y confirmado con el ejemplo de su apostólica vida? Imagínome ver á los oyentes salir del templo llorosos, compungidos y cabizbajos, pensando en su interior: «Si este santo varón así tiembla y se estremece, ¿qué haré yo, pecador de mí? Y entonces se me vienen á la memoria las palabras de San Jerónimo escribiendo á Nepociano, tan cumplidamente verificadas en SÉNERT: *docente te in ecclesia, non clamor populi, sed gemitus suscitetur. Lacrimae audistorum laudes tuae sint* (Epist. 2, ad Nepotiam.) Ese es gran orador, que arranca á sus oyentes, no aplausos, sino gemidos; no vítores, sino lágrimas.

¿Y cómo las arranca? Mover al sexo frágil de las mujeres, no es cierto gran proeza; atemorizar y poner en cuidado á las almas delicadas ó escrupulosas, mucho menos; pero que hombres de toda índole se conmuevan y congojen y entren en zozobra de su salvación, y se resuelvan á mudar de vida y á enfrenar los ojos y la lengua de toda liviandad y parlería, y esto no con la consideración del juicio ó del infierno, mas de cosas tan sencillas y menudas, como aquí se tratan, es un triunfo de la elocuencia, ó, mejor dicho, de la gracia de Dios por medio de la que llamaron los griegos **diosa de la persuasión**, y los latinos **flexanima**, ó vencedora y quebrantadora de los ánimos.

Para enseñorearse de ellos é infundirles el santo temor de Dios, que no desoye una inspiración, ni descuida un mandamiento por leve que parezca, tres dificultades gravísimas debía vencer nuestro orador. La primera es, la misma **espiritualidad** y **delicadeza** del asunto, poco proporcionado á la capacidad moral é intelectual de sus oyentes. La segunda, su **esterilidad**, que no parece despertar el interés, ni avivar la fantasía, ni aficionar los corazones á que oigan con atención y reciban con deleite y provecho esta doctrina. La tercera y principal es, su misma **frialidad**, la cual se

CAPILLA ALFONSINA

U. A. N. L.

Esta publicación deberá ser devuelta
antes de la última fecha abajo indi-
cada.

BV85

.S4

S6

v.1

1904

AUTOR

SOLA, Juan María

TITULO

Señeri Español

FECHA DE

45151



